

*** LA ACCION CULTURAL EXTERIOR**
- Un medio que es un fin -

Nunca ha sido España buena vendedora de su fama. Menos aún de su cultura. Para mí tengo, que la aparición y larga vida de la Leyenda Negra en la historiografía española, es, en buena parte, una reacción compensatoria de nuestra malvivida incapacidad como gestores de las relaciones públicas de la realidad hispánica. Esta incapacidad, aupada a la categoría de gloria durante la época de nuestro autosatisfecho aislamiento - prácticamente desde que España abandona el Club de las grandes potencias- se convierte en miopía, cuando no en completa ceguera a partir del siglo XIX. "O el primero o ninguno". Pero nadie puede asumir el ser ninguno, salvo si la situación, medio o contexto en el que no se es nadie es irrelevante, es decir, no cuenta. De esta persistente consideración descalificadora de lo de fuera (que no cabe reducir a habitual xenofobia), se pasa, insensiblemente, a la exasperada cancelación de lo que hay allende nuestro perímetro nacional, a lo que se acaba confiriendo una existencia puramente virtual.

Esta extremosa (pero no tanto) presentación negativa de la conciencia España-Mundo del español medio, que sigue siendo hoy prevalente -a pesar de que seamos miembros de pleno derecho de las Comunidades Europeas, y de que la interdependencia de áreas y países, amen de la globalidad mundial presidan todos los grandes procesos contemporáneos- podría explicar la permanente indigencia de la acción cultural de España en el exterior. Indigencia que ni el predicado "espiritualismo" de la política internacional del franquismo, ni el compacto pragmatismo exterior de la nueva democracia han logrado enriquecer. Más bien al contrario. Ya que puede decirse, sin caricatura, que la política cultural exterior de España está en los mínimos más bajos de su historia.

De las múltiples causas que concurren a este resultado dos me parecen ser las más determinantes. En primer lugar, el proclamado **inmediatismo** economicista de las grandes opciones de nuestros políticos en el poder, al que habría que agregar el olvido de la pujanza de las industrias culturales y el desconocimiento de la **desmaterialización** de los principales vectores de las actividades productivas y distributivas, fenómenos ambos que nuestros gobernantes parecen ignorar, que otorgan a la **perspectiva cultural** una función determinante en la vida económica actual y hacen de economía y cultura dos realidades indisociables. En segundo término, la implosión de la dimensión global de la cultura española, efecto innecesario y perverso del desarrollo de nuestras autonomías regionales. Lo criticable no es que la comunidad catalana tenga una espléndida y eficazísima Casa de Cataluña en París, lo penoso es que España, en su conjunto y como tal, no la tenga.

¿Puès qué razones hay para que el presupuesto de la acción cultural de España en el exterior sea, en cifras relativas, casi ocho veces inferior al de Francia? ¿O como es posible que un Estado, cuya lengua principal, el castellano, que será dentro de unos pocos años vehículo de comunicación de más de 500 millones de personas y que en el siglo XXI unirá a más de mil millones, no disponga de una mínima estructura de apoyo exterior, análoga a la de la Alliance Française o a la de los Instituto Goethe? ¿Cómo explicar que nuestros dirigentes políticos y sociales no hayan advertido todavía que la cultura es la gran baza de su país y que sólo en este ámbito, el cultural, puede España aspirar, con razón y realismo, al rango de primerísima potencia?

En ese desolador panorama, acciones como las que representa el **Encuentro**, que estas páginas reproducen, son una contribución paradigmática a la presencia exterior de España, porque responden a una necesidad y ocupan un espacio que no tolera el vacío y porque lo hacen de modo ejemplar, apuntando con valentía y eficacia a lo más difícil. En efecto, en la sociedad de finales del siglo XX, en la que los compor-

tamientos de masa y las dimensiones icónica y audiovisual dominan nuestras decisiones y nuestros haceres, no es fácil proponerse como campo temático el de la producción escrita y, menos aun, si su contenido es filosófico. Programar una reunión, coloquio o seminario sobre la filosofía española, destinados al gran público, es una apuesta que reclama osadía y entusiasmo.

Y sin embargo se trata de una apuesta necesaria, pues sólo el pensamiento puede dar sentido cabal, o sea, servir de fundamento y, al mismo tiempo, hacer plenamente inteligible, el conjunto de manifestaciones, prácticas y productos que constituyen una cultura. Es evidente que el conocimiento del pensamiento filosófico, árabe y judío, en la España de los siglos XII al XV, junto al pensamiento de Lulio, Sibiuda, Turmeda, Eiximenis, etc. son esenciales para comprender la música y el arte de la España medieval. O ¿cómo acceder a la complejidad de las manifestaciones artísticas del barroco español dejando de lado el refinamiento conceptual de nuestros lógicos del siglo XVI, en especial Siliceo y Dolz, la maestría en el decir implícito de Luis Vives, la capacidad de formalización en lenguaje natural de Juan de Santo Tomás, o la extraordinaria sutilidad teórica y la vigorosa potencia sincrética de Francisco Suarez ?

Estos estimulantes **Encuentros** que el lector acaba de leer/vivir son una excelente inmersión en el mundo filosófico español, que invita a una estancia más dilatada e intensa. Para cuando ello se produzca y, por lo que toca al siglo XX, habría que tener en cuenta, en muy primer lugar, la espléndida aportación del exilio español durante la dictadura franquista. Recordemos que, en 1939, tienen que abandonar España cerca de 150 profesores de universidad, y, entre ellos, filósofos, de tanto empeño, como David García Bacca, José Gaos, Eugenio Imaz, María Zambrano, Sanchez Vazquez, Xirau, Casanovas, Nicol, Ferrater Mora y un muy largo etc. Y que, la mayoría, en el inicio de su madurez, producen, en Iberoamérica, la parte más decisiva de su obra filosófica.

Nombres a los que habría que asociar los de historiadores tan eminentes como Altamira, Bosch-Gimpera, Américo Castro, Claudio Sanchez Albornoz; científicos sociales del más alto nivel como Ayala, Granell, Medina Echevarría, Jimenez Landi o Castillejo; juristas como Recasens Siches, Jimenez Asua u Ossorio y Gallardo, que son, a la par, intelectuales cimeros en el panorama cultural de España y cuya contribución, desde el exilio, al pensamiento español, es absolutamente capital. Los estudios de José Luis Abellán **-Filosofía española en América-**, Elías Díaz **-Pensamiento español 1939-1973-** y Gonzalo Fernandez de la Mora **-Pensamiento español 1963-1969-** dan cumplida información sobre su quehacer y su relevancia.

Querría añadir, antes de terminar, una consideración sobre la que me parece importante insistir cuando hablamos de filosofía española fuera de España. Y es la de que el genio filosófico español no se manifiesta sólo, ni siquiera principalmente, en el marco de la producción filosófica habitual (¿habría que escribir académica o convencional?) sino que lo desborda y aparece, en multitud de lugares y textos, de corte muy diverso y de condición frecuentemente literaria o humanística, pero de contenido declaradamente teórico y reflexivo. Y ello con ocasión del debate de los grandes temas convivenciales de la comunidad española y, en particular de los grandes enfrentamientos en torno de la problemática de su identidad colectiva a la que los polígrafos han solido denominar la polémica sobre **el ser de España**.

No deja de ser tan sorprendente como significativo que en el siglo XX, como en los ocho anteriores, el tema de **qué sea España** haya ocupado las mejores cabezas españolas y que a su propósito se hayan afilado, una y otra vez, las inteligencias punteras de mi país. La generación del 98 exhuma el sumario de **Las Dos Españas** y desde entonces nos acompaña, de forma ininterrumpida, hasta que la apatía intelectual y política, propia de la democracia última, nos ha sumido a todos

en la más beocia y generalizada de las indiferencias.

En los años veinte y treinta la intelligentsia española rompe hierros y lanzas en relación con la conveniencia de la apertura o clausura de nuestras fronteras al saber exterior. ¿ Es compatible la modernidad con la esencia de lo español ? ¿ Debe España aceptar los conocimientos científicos y técnicos propios de la ciencia occidental contemporánea o, al contrario reivindicar la cultura humanista que es el fundamento de su existencia histórica ? ¿ Qué debe prevalecer el que **inventen ellos** del pensador Unamuno o el progreso científico y **el valor de lo experimental** del investigador Ramón y Cajal ?

Esta modalidad disyuntiva y antagonista de producirse intelectualmente ha sido la forma más frecuente y también más eminente que ha asumido el pensamiento español contemporáneo. Mi propio caso es buena prueba de ello. Mi adolescencia, mi primera juventud, toda mi vida de adulto han transcurredo al fragor de esta enhiesta e inacabable polémica. Américo Castro y Claudio Sanchez Albornoz debatiendo, en el exilio americano, sobre el papel de moros y judíos en la constitución de la identidad nacional de España y ofreciéndonos interpretaciones antagónicas sobre su realidad histórica. Pedro Laín Entralgo (**España como problema**) y Rafael Calvo Serer (**España sin problema**) enfrentando sus Españas, Laín dando cobijo conflictivo en la suya a ortodoxos y heterodoxos, a San Juan de la Cruz y a Antonio Machado; Calvo Serer, identificado con la tradición católica, y de la mano de Menéndez y Pelayo, reservando la suya para el pensamiento anclado exclusivamente en la ortodoxia católica. **M a r x i s t a s** y positivistas echándose a la cara no sólo sus razones filosóficas y sus estructuras conceptuales sino su pertinencia nacional y su fecundidad patriótica. ¿ Cómo no recordar los brillantes ataques al Profesor Tierno Galvan, tanto desde la derecha integrista como, sobre todo, desde posiciones de la izquierda marxista y radical por su extraordinaria labor, en los años 60 e inicios de los 70, como introductor en España del pensamiento

analítico, a través de su colección **Estructura y Función** en la editorial Tecnos, acusándole de querer someter la reflexión española a la ciencia anglosajona ?

Extraño destino el nuestro para el que luchar y pensar se declinan, casi siempre, en un mismo halito. Tal vez sea esta una de las claves más esclarecedoras de la diferencia de lo español. Queda pues dicho sin voluntad axiológica ni pretensión normativa. Pero tal vez sí como dato historicamente fundante del pensamiento español.

José VIDAL-BENEYTO

* * *